uso de no matar en las refriegas, sino de hacer en ellas prisioneros, sin degollarlos (1). De noche los de las tiendas no iban á acampar en las tierras, y los de las tierras no volvian á las tiendas; no hacian fosos ni empalizadas al rededor de su campo, ni se acampaban durante el invierno. Todas estas cosas permitidas en su disciplina militar, se habian imaginado por ellos, como lo hemos dicho, para ahorrarles algunas fatigas y peligros (2). Pero con estas precauciones, condujéron la Italia á la esclavitud y envilecimiento (3).

(1) Cobardía! necedad! acuchillar, hacer añicos, despedazar, aniquilar, aterrar, etc.

(2) Y es menester hacer lo contrario, cuanto es posible, para tener buenas tropas. G.

(3) Esto debia suceder necesariamente. G.

CAPITULO XIII.

De los Soldados auxiliares, mixtos y propios.

Las armas auxiliares que he contado entre las inútiles, son las que otro príncipe os presta para socorreros y defenderos (1). Así, en estos últimos tiempos, habiendo hecho el Papa Julio una desacertada prueba de las tropas mercenarias en el ataque de Ferrara, convino con Fernando, rey de España, que este iria á incorporársele con sus tropas. Estas armas pueden ser útiles y buenas en sí mismas (2); pero son infaustas siempre para

(1) Inútiles! es mucho. Imaginar el medio de infundirles la idea de una incorporacion con sus propias armas, por medio del estratagema de una confederacion ó agregacion al gran imperio. R. C.

(2) Esto me basta. R. C.

el que las llama; porque si pierdes la batalla, quedas derrotado, y si la ganas, te haces prisionero suyo en algun modo (1).

Aunque las antiguas historias estan llenas de ejemplos que prueban esta verdad (2), quiero detenerme en el de Julio II, que está todavía muy reciente. Si el partido que él abrazó de ponerse todo entero en las manos de un extrangero, para conquistar Ferrara, no le fué funesto, es que su buena fortuna engendró una tercera causa, que le preservó contra los efectos de esta mala determinacion (1). Habiendo sido derrotados sus auxiliares en Ravena, los Suizos que sobreviniéron, contra su esperanza y la de todos los

(1) Mi sistema de alianza debe precaver estos dos inconvenientes. R. C.

(2) Debia confirmarla yo ¡ cuando me veia destinado á desmentirla ! E.

(3) Estas terceras causas no diéron nunca mas que pesados chascos á mi buena fortuna. E.

demas, echáron á los Franceses que habian ganado la victoria. No quedó hecho prisionero de sus enemigos, por la única razon de que ellos iban huyendo; ni de sus auxiliares, á causa de que él habia vencido realmente, pero con armas diferentes de las de ellos (1).

Hallándose los Florentinos sin ejército totalmente, llamáron á diez mil Franceses para acudarlos á apoderarse de Pisa; y esta disposicion les hizo correr mas peligros que no habian encontrado nunca en ninguna empresa marcial.

Queriendo oponerse el emperador de Constantinopla á sus vecinos, envió á la Grecia diez mil Turcos, los que, acabada la guerra, no quisiéron ya salir de ello (2); y fué el principio de la sujecion de los Griegos al yugo de los infieles (3).

(1) Es ser afortunado y vencer como Papa. G.

(2) Por cierto harémos lo mismo en Italia, en la que no entramos mas que echando á los coligados. G.

(3) Le ha ido mucho mejor á la Italia con ello. R. I.

Unicamente el que no quiere estar habilitado para vencer (1), es capaz de valerse de semejantes armas, que miro como mucho mas peligrosas que las mercenarias. Cuando son vencidas, no quedan por ello todas menos unidas, y dispuestas á obedecer á otros que á tí; en vez de que las mercenarias, despues de la victoria, tienen necesidad de una ocasion mas favorable para atacarte, porque no forman todas un mismo cuerpo, por otra parte hallándose reunidas y pagadas por tí, el tercero á quien has conferido el mando suyo no puede tan pronto adquirir bastante autoridad sobre ellas par disponerlas inmediatemente á atacarte. Si la cobardía es lo que debe temerse mas en las tropas mercenarias, lo mas temible en las auxiliares es la valentía (2).

Un príncipe sabio evitó siempre valerse

(1) Necio! ¿Puede haber otros de esta fuerza? G.

(2) Sublime, y de una suma profundidad. R. I.

de unas y otras; y recurrió á sus propias armas, prefiriendo perder con ellas, á vencer con las agenas. No miró jamas como una victoria real lo que se gana con las armas de los otros. No titubearé nunca (1) en citar, sobre esta materia, á César Borgia, y conducta suya, en semejante caso. Entró este Duque con armas auxiliares en la Romaña, conduciendo á ella las tropas francesas con que tomó Imola y Forli (2); pero no pareciendolo bien presto seguras semejantes armas, y juzgando que habia menos riesgo en servirse de las mercenarias, tomó á su sueldo las de los Ursinos y Vitelis. Hallando despues que estos obraban de un modo sospechoso, infiel, y peligroso, se deshizo de ellas, re-

(1) Ah! ¿porque titubearias? ¿porque no apreciabas sus prendas morales, y que le odiaban muchos tontos, pero que hace esto en la política? G.

(2) ¿Que no se toma con estas tropas? ¿pero se conserva tan fácilmente? G.

currió á unas armas que fuesen suyas propias (1).

Podemos juzgar fácilmente de la diferencia que hubo entre la reputacion del Duque César Borgia, sostenido por los Ursinos y Vitelis la que él se grangeó luego que se hubo quedado con sus propios soldados, no apoyándose mas que sobre sí mismo. Se hallara, esta muy superior á la precedente. No fué bien apreciado bajo el afecto militar, mas que cuando se vió que él era enteramente poseedor de las armas que empleaba.

Aunque no he querido desviarme de los ejemplos italianos tomados en una era inmediata á la nuestra, no olvidaré por ello á Hieron de Siracusa, del que tengo yo hecha mencion anteriormente (2). Desde que fué elegido por los siracusanos para gefe de su

(1) Siempre estas ántes de todas las otras. G.

(2) Maquiavelo me hace la corte haciendo nueva mencion de este heroe de mi genealogía. G.

ejército, como lo he dicho, conoció al punto que no era útil la tropa mercenaria, porque sus gefes eran lo que fuéron en lo sucesivo los capitanes de Italia. Creyendo que él no podia conservarlos, ni retirarlos, tomó la resolucion de destrozarlos (1); hizo despues la guerra con sus propias armas y nunca ya con las agenas (2).

Quiero traer á la memoria todavía un hecho del Antiguo Testamento, que tiene relacion con mi materia (3). Ofreciendo David á Saul ir á pelear contra el filisteo Goliat, Saul, para darle alientos, le revistió con su armadura real; pero David, despues de habérsela puesto, la desechó diciendo que cargado así

(1) Feliz en haberlo podido, y mas todavía en haberlo hecho. R. I.

(2) No conviene nunca, pasar por deber la menor cosa de su gloria y poder, á otros mas que á sí mismo. G.

(3) La eleccion de este ejemplo es una simpleza. G.

no podia servirse libremente de sus propias fuerzas, y que gustaba mas de acometer con su honda y cuchillo al enemigo (*a*). En suma, si tomas las armaduras agenas, ó ellas te se caen de los hombros (*b*), ó te pesan mucho, ó te aprietan y embarazan.

Cárlos VII, padre de Luis XI, habiendo librado con su valor y fortuna la Francia de la presencia de los Ingleses, conoció la ne-

(*a*) No sé porque Maquiavelo da un cuchillo á David, que no queria mas que su palo, piedras y honda (1 *Reg.* 17). Por esta palabra *cuchillo*, sin duda quiere designar una cuchilla, de la forma de nuestros antiguos cuchillos de caza, pero el texto sagrado dice que David ne llevaba ninguno, y que se sirvió del mismo de Goliat para cortarle la cabeza.

(*b*) Amelot de la Houssaie quiso mostrarse inteligente en elegancia de estilo, cuando dijó aquí que la expresion, *caen de los hombros*, « no tienen gracia ni fuego en nuestra lengua. » Habia olvidado que los guerreros del tiempo de Maquiavelo iban cubiertos con armaduras de hierro, cuando se sabe que cada uno tenia la suya hecha á la medida de su cuerpo, se halla que las tres alusiones de nuestro autor son tan agradables como exactas.

cesidad de tener armas que fuesen suyas (1); y quiso que hubiera caballería é infanteria en su reino. El rey Luis XI, su hijo, suprimió la infanteria y tomó á su sueldo Suizos (2). Imitada esta falta por sus sucesores, es ahora, como lo vemos (en el año de 1613) la causa de los peligros en que se halla el reino. Dándo alguna reputacion á los Suizos, desalentó su propio ejército; y suprimiendo enteramente la infantería, hizo dependiente de las armas agenas su propia caballería, que, acostumbrada á pelear con el socorro de los Suizos,

(1) Necesitan del tiempo y funestas experiencias, para comprenderlo que les es indispensable. E.

(2) ¡El necio! Pero á veces, no, todo su consejo estaba en su cabeza; miraba la Francia como un prado que él podía segar todos los años, y tan á raiz como quisiera. Tuvo tambien su hombre de Saint-Jean d'Angeli, y se condujo harto bien en el negocio de Odet. R. C.

cree no poder vencer ya sin ellos (1). Resulta de ello que los Franceses no bastáron para pelear contra los Suizos, y que sin ellos no intentan nada contra los otros.

Los ejércitos de la Francia se compusiéron pues en parte de sus propias armas, y en parte de las mercenarias. Reunidas las unas y otras, valen mas que si no hubiera mas que mercenarias ó auxiliares; pero un ejército así formado es inferior con mucho á lo que él seria, si se compusiera de armas Francesas únicamente (2). Este ejemplo basta, porque el reino de Francia seria invencible, si se hubiera acrecentado ó conservado solamente la institucion militar de Cárlos VII (3). Pero á menudo una cierta cosa que los hombres de

(1) ¡ Que diferencia ! No hay ni siquiera un soldado mio que no crea poder vencer por sí solo. R. I.

(2) En una grandísima parte. G.

(3) Ella lo está, porque le he dado otras muchas mejores todavía. R. I.

una mediana prudencia establecen, con motivo de algun bien que ella promete, esconde en sí misma un funestísimo veneno, como lo dije ántes hablando de las fiebres tísicas. Así pues, el que, estando al frente de un principado, no descubre el mal en su raiz, ni le conoce hasta que el se manifiesta, no es verdaderamente sabio. Pero esta acordada á pocos príncipes esta perspicacia (1).

Si se quiere subir al orígen de la ruina del Imperio romano, se descubrirá que ella trae su fecha de la época en que él se puso á tomar Godos á su sueldo, porque desde entónces comenzáron á enervarse sus fuerzas (2); y cuanto vigor se le hacia perder, se convertia en provecho de ellos.

Concluyo que ningun principado puede estar seguro, cuando no tiene armas que le

(1) Aun en este siglo de tantas luces.... E.

(2) Lo mismo juzgaré la primera vez que lei, niño todavía, la historia de esta decadencia. G.

pertenezcan en propiedad (1). Hay mas: depende él enteramente de la suerte, porque carece del valor que seria necesario para defenderle en la adversidad. La opinion y máxima de los políticos sabios fué siempre, que ninguna cosa es tan débil, tan vacilante, como la reputacion de una potencia que no está fundada sobre sus propias fuerzas (*a*).

Las propias son las que se componen de los soldados, ciudadanos, ó hechuras del príncipe: todas las demas son mercenarias ó auxiliares (2). El modo para formarse armas

(1) Las vuestras no son vuestras, sino mias. E.

(2) Ellos no tienen realmente otras, si aun es que las que tienen, estan por ellos. E.

(*a*) Tácito decia: *Nihil rerum mortalium non instabile et fluxum est, fama potentiæ, non suâ vi nixæ*: «Entre las cosas perecederas, no hay ninguna de tan poca estabilidad, y vacilante, como la reputacion de una potencia que no está apoyada sobre su propia fuerza.» (*Ann.* 13.)

propias, será fácil de hallar (1), si se examinan las instituciones de que hablé ántes, y si se considera como Filipo, padre de Alejandro, igualmente que muchas repúblicas y príncipes, se formáron ejércitos, y los ordenáron. Remito enteramente á sus constituciones para este objeto (2).

(1) No para ellos, á lo menos tan pronto. E.

(2) Está bien; pero es posible todavía mejor referirse á mí. R. C.

CAPITULO XIV.

De las obligaciones del Príncipe en lo concerniente el arte de la guerra.

Un príncipe no debe tener otro objeto, otro pensamiento, ni cultivar otro arte mas que la guerra, el órden y disciplina de los ejércitos (1), porque es el único que se espera ver ejercido por el que manda (*a*). Este arte es de

(1) Dicen que voy á tomar la pluma para escribir mis *Memorias*. Yo! escribir! ¿me tomarian por un bobo? Es ya mucho tiempo que mi hermano Luciano haga versos. El entretenerse en semejantes puerilidades, es renunciar de reinar.

(*a*) Un rey de Tracia, segun refiere Tácito, decia que si él conociera el oficio de la guerra, no se diferenciara nada de su palafrenero; y Neron, en sus dias de sabiduría, haciendo anticipadamente su plan gubernativo, decia que él no se mezclaria en otra cosa que en mandar los ejércitos. (*Ann.* 15.)

una tan grande utilidad, que él no solamente mantiene en el trono á los que naciéron príncipes, sino que tambien hace subir con frecuencia á la clase de príncipe á algunos hombres de una condicion privada (1). Por una razon contraria, sucedió que varios príncipes, que se ocupaban mas en las delicias de la vida que en los cosas militares, perdiéron sus estados (2). La primera causa que te haria perder el tuyo, seria abandonar el arte de la guerra: como la causa que hace adquirir un principado al que no le tenia, es sobresalir en este arte, mostróse superior en ello Francisco Sforcia, por el solo hecho de que, no siendo mas que un simple particular, llegó á ser duque de Milan (3); y sus hijos, por haber evitado las fatigas é incomodidades de la profesion de las armas, de duques que ellos

(1) He mostrado uno y otro. R. I.

(2) Es indefectible. E.

(3) Y yo pues! E.

eran, pasáron á ser simples particulares con esta diferencia (1).

Entre las demas raices del mal que te acaecerá, sí por tí mismo no ejerces el oficio de las armas, debes contar el menosprecio que habrán concebido para con tu persona (2): lo que es una de aquellas infamias de que el príncipe debe preservarse, como se dirá mas adelante al hablar de aquellas á las que se propasa él con utilidad. Entre el que es guerrero y el que no lo es, no hay ninguna proporcion. La razon nos dice que el sugeto que se halla armado, no obedece con gusto á cualquiera que sea desarmado (3); y que el amo que está desarmado, no puede vivir seguro entre sirvientes armados (4). Con el des-

(1) Como el los bien pronto. E.

(2) La espada y charateras no preservan de él cuando no hay mas que esto. R. I.

(3) ¿No lo veis pues? E.

(4) Y creen estarlo! E.

den que está en el corazon del uno, y la sospecha que el ánimo del otro abriga, no es posible que ellos hagan juntos buenas operaciones (1).

Ademas de las otras calamidades que se atrae un príncipe que no entiénde nada de la guerra, hay la de no poder ser estimado de sus soldados, ni fiarse de ellos (2). El príncipe no debe cesar pues jamas de pensar en el ejercicio de las armas, y en los tiempos de paz, debe darse á ellas todavía mas que en los de guerra (*a*). Puede hacerlo de dos mo-

(1) Aun cuando yo no me mezclara en ello. E.

(2) Maquiavelo! Que secreto les revelas! pero no te leen ni leyéron jamas. E.

(*a*) Casio, gobernador de Siria, aun cuando se estaba en paz, hacia, segun el antiguo uso, ejercitar sus legiones, y se conducia en todo como si fuera á atacarle algun enemigo: *Quantum sine bello dabatur, revocare priscum morem, exercitare legiones, curâ, provisu, perindè agere ac si hostis ingrueret.*) Tacit., *Ann.* 12.)

dos; el uno con acciones, y el otro con pensamientos (*a*).

En cuanto á sus acciones debe no solamente tener bien ordenadas y ejercitadas sus tropas, sino tambien ir con frecuencia á caza, con la que, por una parte, acostumbra su cuerpo á la fatiga, y por otra, aprende á conocer la calidad de los sitios, el declive de las montañas, la entrada de los valles, la situacion de las llanuras, la naturaleza de los rios, la de las lagunas. Es un estudio en el que debe poner la mayor atencion (1).

(1) Me he aprovechado de los consejos. R. I.

(*a*) Scipion, segun refiere Veleyo Paterculo, distribuia todo su tiempo entre los ejercicios de la paz y la guerra; estaba ocupado siempre en las armas y el estudio, formando su cuerpo en los peligros y su espíritu en la ciencia: *Neque quisquam hoc Scipione elegantiùs intervalla negotiorum otio dispunxit : semperque aut belli, aut pacis serviit artibus : semper inter arma ac studia versatus, aut corpus periculis, aut animum disciplinis exercuit.* (Hist. 1.)

Estos conocimientos le son útiles de dos modos. En primer lugar, dándole á conocer bien su pais, le ponen en proporcion de defenderle mejor; y ademas, cuando él ha conocido y frecuentado bien los sitios, comprende fácilmente, por analogía, lo que debe ser otro pais que él no tiene á la vista, y en el que no tenga operaciones militares que combinar. Las colinas, valles, llanuras, rios y lagunas que hay en la Toscana, tienen con los de los otros paises, una cierta semejanza que hace que, por medio del conocimiento de una provincia, se pueden conocer fácilmente las otras (1).

El príncipe que carece de esta ciencia práctica, no posee el primero de los talentos necesarios á un capitan, porque ella enseña á hallar al enemigo, á tomar alojamiento, á conducir los ejércitos, á dirigir las batallas, á

(2) Añadanse á esto buenas cartas topográficas. G.

talar un territorio con acierto (1). Entre las alabanzas que los escritores diéron á Filopemenes, rey de los Acayos, es la de no haber pensado nunca, aun en tiempo de paz, mas que en los diversos modos de hacer la guerra (2). Cuando él se paseaba con sus amigos por el campo, se paraba con frecuencia, y discurria con ellos sobre este objeto, diciendo: « Si los enemigos estuvieran en aquella colina inmediata, y que nos hallaramos aquí con nuestro ejército, ¿ cual de ellos ó nosotros tendria la superioridad? ¿ Como se podria ir seguramente contra ellos, observando las reglas de la táctica? ¿ Como convendria darles el alcance, si se retiraran (3)? Les proponia, andando, todos los casos en que puede hal-

(1) ¿ Me he aprovechado bien de tus consejos? G.

(2) En ella pienso, aun dormiendo, si sin embargo duermo á veces. G.

(3) ¡ Cuantas veces he hecho lo mismo, despues de mi juventud! R. I.

larse un ejército, oia sus pareceres, decia el suyo, y le corroboraba con buenas razones; de modo que teniendo continuamente ocupado su ánimo en lo que concierne el arte de la guerra, nunca conduciendo sus ejércitos, habia sido sorprendido por un accidente para el que él no hubiera preparado el conducente remedio (1).

El príncipe, para ejercitar su espíritu, debe leer las historias (2); y, al contemplar en las acciones de los varones insignes, debe notar particularmente como se conduciéron ellos en las guerras, examinar las causas de sus victorias, á fin de conseguirlas él mismo; y las de sus pérdidas, á fin de no experimentarlas. Debe sobre todo, como hiciéron ellos, escogerse, entre los antiguos héroes cuya gloria se celebró mas, un modelo cuyas ac-

(1) No se preven nunca todos; pero se halla de reprente el remedio, por mas que cueste. G.

(2) ¡ Desgraciado el estadista que no las lee! E.

ciones y proezas esten presentas siempre en su ánimo (1). Así como Alejandro magno imitaba á Aquiles, César seguía á Alejandro, y Scipion caminaba tras las huellas de Ciro. Cualquiera que lea la vida de este último, escrita por Xenofonte, reconocerá despues en la de Scipion, cuanta gloria le resultó á este de haberse propuesto á Ciro por modelo; y cuan semejante se hizo por otra parte con su continencia, afabilidad, humanidad, y liberalidad, á Ciro segun lo que Xenofonte nos refirió de él (2).

Estas son las reglas que un príncipe sabio debe observar. Tan lejos de permanecer ocioso en tiempo de paz, formese entónces

(1) ¿ Porque no tomar mas que uno, el que quiere ser mayor que todos ¿ Carlo Magno me ha acomodado; pero César, Atila, Tamerlan, no son de despreciar. G.

(2) Necia observacion. G.

un copioso caudal de recursos que puedan serle de provecho en la adversidad, á fin de que si la fortuna se le vuelve contraria, le halle dispuesto á resistirse á ella.